

palomas!... ¡Todo!... ¡Vaya, que no se iba!...  
¡Sería cosa de morirse!

Y no se fué... Al primer compañero que se le puso por delante le metió una cuarta de hierro en el brazo; y le sentenciaron y siguió en presidio.

Porque lo que el hombre decía:

— ¡Cómo dejo yo á mis palomas!...



## MÚSICA.

La sala del teatro Real ofrecía anoche un aspecto brillante.

*Lo mejor de Madrid* se había dado cita en la Opera; títulos, banqueros, propietarios, etc., etc. (Todos los periódicos de hoy.)

Un obrero que ganaba diez reales de jornal se ha caído de un andamio, destrozándose la cabeza contra las piedras de la calle; su familia, compuesta de la mujer y cuatro hijos pequeños, queda en la más espantosa miseria... (Cualquier periódico de cualquier día.)

Sí; era brillante el aspecto que ofrecía la sala. Función de todo brillo fué la de anoche en el Real. Brillo de sedas lascivamente

repretadas sobre el cuerpo de las mujeres; brillo de joyas que relámpagueaban junto á la carne de femeninos pechos, asomados á las barandillas del corpiño de encaje, como se asoman al balcón las mujeres de mal vivir, á medias, para que las vea el *señor* y no las multe el polizonte; brillo de aretes, de botonaduras, de sortijas, de cuantos adornos puede utilizar un individuo para convertirse en muestrario ambulante de su riqueza; brillo de buenas digestiones desbordándose por la piel de rostros satisfechos... brillo de fortunas, de nombres, de títulos, de emulaciones y rivalidades que peleaban entre sonrisas... Luz eléctrica, gente *sic*, atmósfera tibia, música wagneriana... Un hermoso espectáculo si no existiera más humanidad que la que se divertía anoche en la plaza de Oriente.

¡Ah! si no existiera otra, yo hubiese gozado mucho ayer; porque me gusta la música buena y me seducen las mujeres guapas!... Yo hubiera distraído mi tiempo, no precisa-

mente como casi todos aquellos señores y señoras, hablando siempre y sin atender á la música nunca, pero sí aprovechando los entreactos para darme un atracón de belleza hecha carne y los actos para darme otro atracón de belleza hecha notas; yo hubiera seguido paso á paso la fantástica leyenda del poeta alemán y al levantarme de la butaca, lleno aún de opio germano, hubiese transformado en Elsa por cinco ó seis minutos, á cualquier muchacha más ó menos rubia y hasta me hubiera sentido una miajita Lohengrin.

Pero, ¡ay! que sin querer, contra mi propio deseo, á pesar del egoísmo que me gritaba: «¡Goza, diviértete, ahora que tienes un rato libre!» se me iba el pensamiento y con el pensamiento el alma, lejos, muy lejos, arrastrado por un recuerdo terco que tiraba de mi cerebro y se destacaba en él con claridad perfecta, más perfecta que nunca, como si lo abrillantasen aquellas luces blancas que abrillantaban pendientes y sortijas, fisono-

mías alegres y bustos lujuriosos... el recuerdo de un pobre albañil, de un obrero, que se partió la cabeza contra el empedrado, hace unos días y el recuerdo de su mujer, de una pobre mujer del pueblo que rodeada de tres chiquillos ponía entre los labios de otro, recién nacido, un pecho flaco que asomando por entre una camisa rota inspiraba tanto respeto y tanta piedad como inspiraban deseo y lascivia los que en el Real asomaban por entre los corpiños de encaje... Este recuerdo hería mi cráneo, como una garra y con voz que de oirse hubiera conmovido al público, más que la de Elsa desamparada, me gritaba: «Oye: A unos les sobra todo, á otros les falta todo.» ¡Qué contraste! ¡Eh!...

¡Qué horrible contraste!... ¡Qué siniestro me resultó, cuando escapé de dentro de mí, el hermoso espectáculo que ofrecía anoche la sala del teatro Real!

¡Un obrero muerto!... ¡Una familia sin amparo... y una multitud de poderosos ha-

ciendo pujilatos de vanidad, ostentación de lujo; alardes de fortuna y omnipotencia... ¿Qué es esto?... ¿Qué representa esto?... ¡Qué sé yo!... ¿Pero no dice esto nada?... ¿No reclama esto nada?... ¿No hay en esto algo—no sé cómo llamarlo—algo que pide como los personajes de *Lohengrin* un juicio de Dios?...

No; no lo hay; sin duda que no lo hay. Esas miserias de abajo no pueden ser cosa mayor, esta desigualdad que parece irritante debe ser justa, porque allí, en el Real, á mi lado, en las butacas, en los palcos, estaban cuantos, pueden y deben preocuparse de ello, cuantos se preocuparían de ello si lo merecieran: ministros, diputados, personajes de alta jerarquía, constructores de leyes; y no se preocupan ni en la ópera, ni el Parlamento, ni el Ministerio, ni desde el sitio que les cupo en suerte. Cuando no lo hacen es porque les parece muy bien que siga todo como hasta aquí... Cuando les parece bien, tendrán razón y los que piensen de otro

modo serán tontos... ¡Como que van á equivocarse!... ¡No faltaba más! ¿Que se ha reventado un albañil? Hay muchos en el mundo. ¿Qué una familia se muere de hambre?... ¡Paciencia! Así es la vida... Al que le haya tocado en lote lo malo que se aguante!... ¡También soy majadero yo; acordarme de un albañil en una función del Real!

¡Qué demonio, oigamos *Lohengrin!*... exclamé—luego de hacerme estas reflexiones.

Y quería oirlo... Y nada, la pícara idea dándome martillazos en los sesos... El albañil muerto amalgamándose, por no sé qué rara amalgama cerebral, con la figura de *Lohengrin*; la mujer viuda, la del pecho exhausto y enflaquecido metiéndose dentro de la *Elsa* para pedir, como ella, justicia... la obsesión, porque era obsesión, haciéndose mayor cada vez... transformando la sala, el país, la hora, el espectáculo, haciéndome víctima de una pesadilla y presentándome delante de los ojos el Bazar de la Caridad de París lleno de gente, de gente rica, titulada,

ilustre... una fiesta brillante... muy brillante... cada vez más brillante... hasta que se transformaba en incendio... incendio casual, humorada trágica del destino que se entretenía en achicharrar á los poderosos. ¿Por qué?... ¡Vaya usted á preguntarle al destino por qué hace lo que hace!...

Él lo sabrá.

Un día le toca al albañil que se cae del andamio.

Otro á los ricos que se divierten.

Así es la vida.

